



Cuando llega
la penumbra Jaume
Cabré

DESTINO

Cuando llega la penumbra

Jaume
Cabré

Traducción de
Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1397

Título original: *Quan arriba la penombra*

© Jaume Cabré, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2017

© de la traducción del catalán, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2017

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

ISBN: 978-84-233-5223-4
Depósito legal: B. 5.848-2017
Impreso por Cayfosa
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Los hombres no lloran	13
A sueldo	51
Poldo	59
Buttubatta	67
Pandora	85
Claudi	99
Paraíso	115
Nunc dimittis	133
Bala de plata	149
Punto de fuga	161
Las manos de Mauk	223
Teseo	255
El Ebro	265
Epílogo	279

Los hombres no lloran

I

—Papá, no me dejes solo.

—No vas a estar solo. Mira, mira. ¿Ves cuántos niños hay en el patio?

—Quiero volver a casa.

—No puede ser.

—Pues quédate aquí conmigo.

—¡No digas tonterías!

—Papá...

—Vamos, hombre, no llores, coño.

—¿Y mamá?

—¡No llores, hombre! Los hombres no lloran, no lo olvides nunca.

—Papá...

—El domingo vengo a verte, ¿de acuerdo?

—Papá...

—Blandengue. Anda, dame un beso. ¡Vamos, coño, un beso! Ah, ¿no quieres? Pues no vengo el domingo. Tú te lo has buscado. Y a obedecer, ¿eh? No quiero quejas por tu comportamiento.

Sombras nuevas, desconocidas, amenazadoras; ruidos y rumores misteriosos que nunca había oído por la noche. Toses de niños desconocidos. Con los ojos abiertos, se propuso no dormir para poder defenderse del ataque de cualquier monstruo de las sombras. Con los ojos como platos, envidió un ronquido suave que se oía cerca. Suponía que la noche sería muy larga. Y, sobre todo, ¿por qué, papá...? ¿Cómo es que...? Hasta que las sombras se hicieron más borrosas y se atrevió a decir mamá... ¿Qué ha pasado, mamá?

¡Un alarido! Al día siguiente se llevó un susto mayúsculo. Se dio cuenta de que, a pesar del miedo, se había quedado dormido, indefenso contra los monstruos. Y ahora, una voz fuerte y airada le decía tú, eh, sí, tú, Tú, ¿te has creído que eres el príncipe del dormitorio tres? ¡Vamos, arriba! Y fuera sábanas. Los niños andaban deprisa, en silencio, con una toalla y un cepillo de dientes que Tú no tenía y por qué papá no quiere que, si podría estar en casa y. ¿No? Como todavía no sabía dónde estaban los lavabos, optó por sentarse en la cama y echarse a llorar. Entonces, la cara horrible que daba esas voces espantosas se puso a su nivel, a un palmo de su nariz, y soltó un grito espeluznante que lo tumbó en la cama, muerto de miedo. Era una cara de pómulos exagerados y mejillas rojas que daba horror. Y como gritaba tanto, más horror todavía. Después supe que se llamaba Enrique, pero todo el

mundo lo llamaba Henricus. Coloradote, voz rasposa, cumplía la función de despertar a los chicos, de vigilar en la hora del patio para que ningún niño saltara por la verja de pinchos y se convirtiera en una aceituna para el vermut, sabéis lo que es eso, ¿no?, y además se encargaba de reparar las cargantes lavadoras y de poner a punto la maquinaria de la calefacción. Y era el barbero. Y nos tocaba en la ducha. Y más cosas, seguro, porque siempre iba por la casa atento a todos los detalles, para que no se le escapara nada. Y también había cocineras y un hortelano en el huerto de atrás. Y monjas, que volaban silenciosas por los pasillos con alas de gaviota en la cabeza y daban clase de inutilidades diversas, menos sor Matilde, que era la única que nos miraba a los ojos y de vez en cuando nos daba un pellizquito en la mejilla y nos hacía sonreír. Y nos enseñaba a leer a los que no sabíamos. Y, arriba del todo, la madre superiora, que tenía una mirada maligna. Tomás siempre decía que era igual que la mirada del diablo. Y ¿por qué a ti no viene nadie a verte?

—No te metas donde no te llaman, ¿te enteras?

Y no me lo preguntaron nunca más. Mamá, papá no viene nunca.

—Tomás.

—Qué.

—¿Estás seguro?

—¿De qué?

—De que la mirada de la madre superiora es como la del diablo.

Trescientos niños en la Casa. Treinta niños en el dormitorio tres. Tres amigos: Toni, Ton y Tomás; más él, que llegó después. Y no se atrevía a preguntar a nadie por qué es precisamente mi padre el que nunca viene. ¿Verdad que podría venir? ¿A quién se lo preguntaría? Y ¿por qué no puedo decirle a la madre superiora que Henricus me toca cuando estamos en la ducha?

—Porque te manda al infierno en un pispás.

—No me gusta que Henricus me toque.

—Pues te aguantas.

—¡Eh, eh, eh! —reaccionó Tú después de unos segundos de silencio.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Que el infierno es para los muertos. ¡Y yo estoy vivo!

—Pues primero te mata y después te manda al infierno.

—Ostras.

Papá, es domingo otra vez. Pero ¿qué haces? Todavía no has venido ningún domingo, papá. No has venido nunca. Hoy un tío de Ton me ha traído una bolsa de caramelos. Los voy a guardar debajo de la almohada. Quiero que me duren muchos años, por si se te olvida venir. Mamá...

Henricus lo agarró de la oreja y lo arrastró hasta el centro del pasillo, ay, ay, ay, ay, ay, qué daño, qué daño, qué daño, qué daño. La oreja colorada como un tomate y el dolor, inaguantable, que no se me pasaba.

—¿No sabías que no se puede guardar comida en la cama? ¿Eh? ¿No lo sabías, Tú?

—Es que en el armario me la roban.

—¿Acusas de ladrones a tus compañeros? Eso es muy feo. ¡Muy feo!

—Pues un día...

—Aquí no roba nadie y sanseacabó.

—Pero es que...

—Quién te la iba a robar, vamos a ver. Dime nombres.

—No sé. No sé quién me roba.

—¡Acusica!

—Es que no lo sé...

Otro tirón de orejas, con la boca de Henricus muy cerca de la suya, gritando, imitándolo que no lo sé, que no lo sé: el caso es hablar mal de los demás. Trae aquí esos caramelos, vamos.

Algunos niños se reían por lo bajo, porque es mejor estar en el bando ganador y Henricus ganaba siempre. Y por eso se reían. Yo también me reía algunas veces.

—Me los ha regalado... mi mamá.

—¡Tu madre no puede traerte caramelos, desgraciado!

—¡Que sí!

—¡Que no! ¡Porque está muerta!

—¡No, señor!

—Una persona muerta no puede regalar caramelos, idiota; y menos una suicida, ¿entiendes, caraculo? —y con un gesto imperativo de la mano—: ¡Trae aquí los caramelos, venga!

Y al día siguiente, con la oreja roja todavía, en la ducha, porque era sábado, con el silbato para dar prisa a los niños, para que no se entretuvieran, mandando otra vez al agua al que no se había enjuagado bien y enjabonando alguna que otra cabeza, me tocó y me dijo si te portas bien no te retorceré la oreja nunca más. Y siempre me porté bien, pero no me devolvió los caramelos de mamá. Y cumplió su palabra: a partir de aquel día no volvió a tirarme de las orejas; en cambio, me pegaba un cate seco que dolía mucho; muchísimo. Y las monjas, volando en silencio por la casa, sor Matilde también, sordas al ruido de mis lágrimas, porque Henricus me pega y me toca y por qué mi padre no viene nunca. Y por nada del mundo me habría enfrentado a los ojos diabólicos de la madre superiora. Un día estábamos solos mis amigos y yo, se dieron unos codazos y decidieron que fuera Tomás el que me preguntara, con aquella delicadeza, lo que yo temía:

—Oye, ¿cómo se suicidó tu madre? ¿Cuándo fue? ¿Hace mucho? Oye, ¿por qué se suicidó? ¿La viste muerta? ¿Se ahorcó? ¿Cómo lo hizo? ¿Eh?

Y eché a correr por un pasillo que todavía no conocía, con las manos en las orejas, porque no quería oír nada y porque me daba mucha vergüenza que me vieran llorar, y así descubrí el rincón de las calderas, en el que no entran ni las ratas, menos si hay avería. Y nunca más me preguntaron nada sobre mamá.

Lo que tardé mucho en entender es que de vez

en cuando Henricus nos llamaba carne de presidio. Alguno de los mayores, de los de diez años o más, se rio a carcajada limpia de mi inocencia y me contó que no era carne como la que nos daban tan pocas veces para comer, sino que se refería a nosotros, ¿entiendes, Tú? Y yo dije, ah, vale, de acuerdo, pero no entendí qué clase de filetes éramos. Sin embargo, a los trece años lo entendía a la perfección, y después he tenido ocasión de admirar la clarividencia de aquel kapo que nos enseñaba a ir por el camino recto. Y las monjas voladoras seguían enseñándonos cosas inútiles en un castellano difícil de entender, en un aula presidida por Jesús clavado en la cruz y las fotos de los dos ladrones engominados y de uniforme, uno a cada lado.

2

La primera vez que hicimos planes para matar a Henricus fue después de leer y releer los tebeos del Enmascarado y del Capitán Trueno, que circulaban a escondidas. En aquella época nos escapábamos a los campos de atrás por la ventana del cristal roto de la sala de calderas que había descubierto yo. Un día nos reunimos detrás de los manzanos del huerto, más allá del pozo, que nos hacía de parapeto, por si alguien miraba hacia allí desde la casa. Habíamos estudiado todos sus movimientos: los sábados y los domingos por la tarde, Henricus salía a

gastarse los dineros; alguna vez iba al baile, pero siempre volvía bastante irritado.

—Es porque no tiene éxito con las mujeres —dictaminó Tomás, que era el más instruido de los cuatro.

—Ah, vale —dije, serio. Y los demás también dieron a entender que sabían muy bien a lo que se refería.

—Tiene que ser un plan perfecto.

—Claro.

—Sí, pero hacer un plan perfecto es difícil.

Después de una larga deliberación decidimos reunirnos a medianoche y subir a las buhardillas, donde estaban las habitaciones de Henricus, las cocineras y otros empleados que no tenían casa.

—Entonces, abrimos la puerta de repente, nos abalanzamos sobre él y lo asfixiamos con la almohada.

—Para aprovechar el factor sorpresa —concretó Tomás. Y los cuatro nos creímos importantes por primera vez en la vida.

—Hay que borrar las huellas.

—Yo pintaría la zeta del Zorro en la pared.

—Buena idea, gracias, Tú. Así no sospecharán de nosotros, sino de alguien de fuera.

—Sí: del Zorro —corroboró Toni, maravillado de mi astucia.

Y poco a poco fuimos perfeccionando el plan perfecto. Hasta el último detalle. Toni requisó tres cuchillos de postre, por si la víctima se nos resistía.

—Y si se pone tonto, se la cortamos.

—¿Qué le vamos a cortar? —Tú, con curiosidad.

—La chorra, hombre.

—Ah, vale. —Silencio respetuoso—: ¿Qué es la chorra?

—La pilila.

—Ah, vale.

La noche convenida tropezamos con un escollo imprevisto: nos acostamos con los ojos abiertos de par en par, dispuestos para la vigilia, pero cuando por fin llegó la medianoche, estábamos los cuatro profundamente dormidos. Al día siguiente decidimos darnos una nueva oportunidad, y pensamos que en cuanto la hermana Eugenia apagara la luz y saliera del dormitorio tres, lo mejor sería levantarnos y esperar de pie junto a la cama. Como jabatos.

—¡Eh, Tú! ¿Qué haces ahí levantado?

—Nada.

—Como vuelva la... ¿Quieres que nos regañen o qué?

—¡Chiss, no grites! Es que me ha dado un calambre y...

—¿Quieres que llame a la hermana o a Henricus?

—No. Se me pasa enseguida. ¡Hala, a dormir!

—Bueno.

Y mi vecino de la izquierda se dio media vuelta, un poco ofendido, me parece. A oscuras vi que a otras tres sombras también les había dado un calambre y, por primera vez en mi vida, sentí lo que

era formar parte de un equipo. Todavía no lo sabía, pero empezaba a querer a mis tres amigos.

Cuando se está muerto de sueño es muy difícil no dormirse de pie. Nos reunimos en silencio mucho antes de que la campana de la capilla diera la hora y, casi sin argumentos, comprendimos que para lo que íbamos a hacer no había necesidad de esperar a la medianoche. Podíamos hacerlo a las diez, por ejemplo. La cuestión era que el enemigo estuviera durmiendo.

La segunda vez que fuimos por él conseguimos matarlo. Pero esta primera estábamos muy verdes todavía y lo estropeamos todo con nuestra ingenuidad. Ya habían dado las diez cuando subimos la escalera principal pegados a la pared, con un miedo tan inmenso que el corazón se me salía por la boca. Llegamos al tercer piso y, a oscuras, decidimos por mayoría que la tercera puerta era la de la habitación de Henricus. Es que a oscuras todo era muy diferente y enseguida dudabas de todo.

—¿Seguros?

—Sssí. ¿No?

En ese momento oímos un ruido y nos convertimos en un estampado de la pared. Al abrirse la puerta del otro lado del pasillo, una mancha de luz se desparramó por el suelo y la figura de Henricus proyectó su sombra; salía de allí abrochándose el cinturón, con la lengua fuera, de una manera rara, mirando hacia adentro. Cerró la puerta, nos devolvió la oscuridad y echó a andar por el pasillo a oscuras, hasta la tercera puerta, la que nosotros acechá-

bamos. Entró en silencio, sin encender la luz, y cerró con llave. No nos descubrió porque éramos simples dibujos en la pared.

—Vamos: abrimos y lo asfixiamos.

—No, que está despierto. Hay que esperar una hora.

—¡Porras, una hora!

—Y además ha cerrado con llave.

—¿Seguro?

De inmediato se oyó un ruido muy cerca; la puerta de la habitación de Henricus se abrió, solo una luz débil recortaba su silueta en la oscuridad ambiental.

—¡Qué coño...!

Nunca he bajado unas escaleras a oscuras tan deprisa como aquella noche. Llegamos al dormitorio tres en cuestión de segundos. No sé por qué, pero Henricus no se puso a gritar ni avisó a las monjas, pero bajó al dormitorio tres, entró y se quedó allí un buen rato, con la luz apagada; de vez en cuando se acercaba a mirar a un niño, para saber si estaba dormido o no. Terrible. Pero sobrevivimos. Y Henricus también. Y entre todos decidimos esperar a que llegara el verano.